

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS

Ruiz, S. 1.ª Izquierda.
MADRID

DIRECTOR, FEDERICO URRECHA

AÑO I

1.º Diciembre de 1888

NÚMERO 9

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JOSÉ LUIS ALBAREDA

A la prensa española trajo Albareda el contingente de la *Revista de España* y *Los Debates*, que fundó; méritos bastantes en cualquier parte para que un hombre deje de sí buena memoria.

Periodista y polemista infatigable, Albareda desertó há tiempo de la prensa, y se entregó á la política y á Sagasta, que le hizo Ministro en El Haya y en la antigua casa de Correos, Embajador de París y Ministro de Fomento.

Ahora va de Embajador á Londres el simpático sevillano, y es seguro que á pesar de la diferencia de caracteres, hará Albareda buen Embajador entre los ingleses.

¡De zafú cirva, don Pepe!



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año 9 pesetas.
Seis meses 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



Domingo 25 de Noviembre.

Se declaran en huelga los caleseros que esperan la llegada de los viajeros. Y el Delegado conjura este conflicto por de contado.

Según nuestros informes, causó las huelgas injustos privilegios de las Empresas. Yo no lo dudo, que es ley de todas ellas la del embudo.

—Desde un piso cuarto, ayer una joven se cayó á un patio!—¿Y se desnudó?
—¡Ni se hizo daño al caer!
—¿Guardará recuerdos gratos del milagro?—No lo fué.
—¿Cómo no?—Cayó de pie, es decir, como los gatos.
—Sin embargo, pobrecita...
—¿Hombret, cómo da usted en el quid?...
—Como es hija de Madrid, cayó como una gaital!

Día 26.

Llega á la ciudad del Toria la familia Colibrí, una familia de Príncipes que vienen á presumir y á llevarse unos cuartejos —de los pocos que hay aquí.— Dicen que han venido á meaos, ¡ya lo creo! no han de ir! si el mejor mozo de todos, según escriben de allí, mide catorce pulgadas de estatura, y es feble, porque aún puede darse tono con otro más chiquitini! ¡Oh príncipes económicos! ¡Oh venturoso país sobre el que reina y gobierna la familia Colibrí! ¡Qué presupuestó tan chico y qué familia tan chico! ¡Tendrán por casa palacio algún medio celemin, é importará dos pesetas toda la lista civil!

El canto flamenco ya casi murió; manda hoy la *Gaceta* trañar los cafeses con mucho rigor.

En punto las doce, no se oye una voz, no hay juerga, ni canto, ni murietes ni ¡adiós diversión! ¡Heridos

27 de Noviembre.

Carolina del Viso, la hipnotizada, ha escrito una comedia... será muy mala. Si es que la hizo bajo las sugestiones del hipnotismo.



¡Escribirla durmiendo!
¡Qué tontería!
¡De fijo la despiertan con una silbat!
Que los morenos, silban á los dormidos... ¡y á los despiertos!

Se fuga, en Reus, de un convento una mojitita muy mona, marchándose á Tarragona véloz como el pensamiento. —¿Quién pudiera adivinar (pues que nadie los explica) los motivos que á la chica le obligaron á escapar! Al fin, lejos de las madres, logra instalarse en la fonda; come en la mesa redonda, y avisa luego á sus padres. —Pero ¿estás loca, hija mía?... ¡Me va el dolor á matar! ¡Es necesario tornar á la clausura!—¡Es porfía inútil!—¿Por qué te sales?... ¿Por qué no quieres volver?... —¡Papá, por no cometer varios pecados mortales!

Día 28.

Bajo el disfraz de criada, una tomadora lista, llevós ayer cinco *boas* de la *Marta Cibelina*; y al descubrirse la estafa, el peletero decía: —¡Cinco *boas* nada menos! ¡Ojalá que fueran vivas!

No pasó de un buen deseo, lo de suprimir la cuota de entrada, en el Ateneo.

Caballeros, ¡qué sesión la de la Diputación!

Jueves 29.

Un inglés, fino y atento, en un día de locura, dió á una bella criatura palabra de casamiento. Era una chica alemana, y al terminar la cerveza, es claro, entró la tibieza, y el inglés se llamó Andana. Pero ella, firme y leal, ni se amilana ni aterriza; se presenta en Inglaterra y le cita al Tribunal. Y hoy pide la insitución al que fué su seductor, como pago de su amor allá en tiempo más feliz, y como indemnización de aquellas horas divinas, diez mil libras esterlinas; como quien dice, un millón. Si paga, como protesta, dirá el inglés: —¡Ay de mí! ¡Si buena vida me di, buenos cachetes me cuesta!

Día 30.

¡Dos suicidios! ¡Tres robos! ¡Jesús, qué día!
¡Escriba usted con gracia la *Croniquilla*! Sólo con esto se hace toda una plana... ¡De *Los Sucesos*!

E. NAVARRO GONZALVO.



Ripios.



Pues otra vez escribió este Canete unas seguidillas en un álbum, y dirigiéndose a una pajarita, la preguntaba:

"Aveilla canera, que andas, te elevas, y en los aires modulas himnos y quejas: ¿Qué al cielo dices?..."

¡Qué al cielo dices! ¿Háse visto nada más ridículo? Y un poco más abajo, dirigiéndose ya a la dueña del álbum, la decía:

"Gusta en paz las delicias del casto fuego á que en pasión ardiente rendiste el cuello...."

Esto es escribir por escribir, Sr. D. Manuel, y colocar unas palabras tras de otras, hagan ó no hagan sentido. (Porque mire usted que rendir el cuello al fuego... es cuanto hay que rendir! Las imágenes han de ser racionales y adecuadas, D. Manuel; porque si son como esa de usted, no son imágenes, sino desatinos. ¿Parece á usted que infundirá mucho, para que uno se quemé, el que tenga el cuello rendido ó levantado? Vamos, usted habría leído quizás aquello de Jovellanos, que como poeta era poco menos malo que usted:

"Dobla sin gusto al yugo sacrosanto, caro Felipe, el receloso cuello...." etc.

Pero deb. usted advertir que si lo de doblar ó rendir el cuello al yugo es cosa natural, doblarle ó rendirle al fuego es una tontería.

Sino que á usted no le serviría el yugo, porque no era usonante de cuello, y por decir algo, dijo usted ¡fuego!... y estalló la bomba, ó más bien el petardo poético de usted, de la manera más lamentable.

Porque después de todas esas bobadas concluye usted las seguidillas y la composición con estos versos:

"Mas no del hombre,..."

¿Mas no del hombre, qué? ¿Mas no el cuello del hombre? Claro que no, porque es el de la mujer, según usted mismo ha dicho. Pero entonces, ¿se puede saber qué hace ahí ese hombre? ¿Para qué le ha puesto usted ahí? ¿Para que esté tan de sobra como usted en la Academia, ó como la Academia en España?

"Mas no del hombre: copia el amor de arroyos, aves y flores..."

Usted dirá que ha querido decir: Mas no copies el amor del hombre; cópiale de los arroyos... etc. Pero, á más de qué lo de copiar el amor es un disparate, y copiarle del hombre otro, tampoco resulta eso claro.

Porque usted ha dicho á la mujer ésa del álbum que goce las delicias del casto fuego á que rindió el cuello en pasión ardiente, y aquí pone usted punto y coma, y luego sigue:

"Mas no del hombre,..."

y pone usted dos puntos. ¿Quién entiende lo que quiere decir ese Mas no del hombre, tan aislado entre un colon imperfecto y otro perfecto?

La que sigue en el tomo es una composición (llamémosla así), cuyo título no dice más que esto:

En la restauración del Monasterio de la Rabida y de la casa donde murió Hernán Cortés, á sus altezas reales los serenísimos señores infantes de España, duques de Montpensier.

Y empezá D. Manuel diciendo:

"Siempre la a raíz mano del sañudo mortal, más destructora que la del tiempo fué..."

Lo cual no es poesía, pero es verdad, Sr. D. Manuel, eso sí. Y usted mismo puede servir de prueba, por muy extraño que parezca que un académico sirva para algo.

Usted mismo, cuya mano, puesta á escribir, es más destructora para la poesía y para el buen gusto que la mano, y los pies del tiempo.

Y luego dice usted:

"Aún orgulloso el hombre se figura con infernal protervia que ha de abogar en su estúpida..."

¡Pues claro: se la veía venir! A la soberbia, por supuesto. En cambio no se ve asomar por ningún lado á la poesía.

Ni aquí ni más adelante, cuando usted dice:

"El pueblo de Isidoro... en vértigo ufando, con desdoro..."

¡Claro! Siendo el pueblo de Isidoro tenía que ser con desdoro... y con ripio. Y sigue:

"Oh si pudiese la infalible historia en sus serenas páginas de hierro, de tanto y tanto yerro..."

Por cierto que tanto y tanto yerro, ya es demasiado. Hierro con hache, yerro sin ella... Es mucho yerro, D. Manuel. Es mucho yerro y mucha majadería eso de hacer de hierro las páginas de la Historia, sólo para concertar con esos otros yerros que pone usted ahí, que, siendo tantos, no puede menos que sean de la Academia.

Otro verso dice:

"De muerte, al parecer, irrevocable..."

Y poco después acaba diciendo:

"Oh perenal memoria De los héroes perincitos! La llama De perpetua salud en vuestra fama Los antes abatidos monumentos Salva del rayo; y mágicos sucesos... (¿Quién entiende estos cuentos?) Ya, Principes, publican Por cien pueblos y cien cómo odian Depuesto el abandono, Cuando todos destruyen, los nacidos A la sombra de un trono..."

¡Depuesto el abandono!...

Todo está bien. Pero especialmente esa deposición de abandono... la hizo usted ahí para que concertara con trono. ¿Verdad, D. Manuel?

¡Ahí antes que se me olvide. ¿Cómo son esas muertes irrevocables, al parecer? ¿Se quiere usted morir, Sr. D. Manuel, á ver si al parecer es irrevocable la muerte?

Le advierto á usted que, aunque no quiera, se morirá el día menos pensado; y se lo advierto á usted precisamente para que viva prevenido.

Para que no le sorprenda á usted la muerte como sorprende usted á los lectores con esta oda:

"¿Qué voz contaba en aclamar ardiente (Aclamar á? ¿Cultural?) La paz de mi retiro? Ten el rápido giro Párate, sol (qué avevol) No despeñes tu terno al occidente... Usted si que despeña El nayo al decantino; ¡impertinente! Por eso nos enseña La estupidez siguiente: -Y cuando el orbe absorto Cantó su dicha del poniente al orto... ¿Al orto? ¡Buen aborto!... ¿Y ese orbe es por ventura el de la tierra, O el de Fernández-Guerra?"

Más adelante dice usted que la nube

"Fecundiza la roca fulminada..."

¿La roca fulminada! ¿Qué roca es ésa?

Y añade usted:

"Abra la tierra su agostado seno..."

¡Hombre! Lo agostado suele ser la superficie; pero el seno... ¿por qué ha de estar agostado?

Item más:

"Equifés voladora... Hollando el mar y el viento..."

Eso de hollar el mar, puede pasar. Pero eso otro del viento... Es mucha cuenta.

¡D. Manuel, D. Manuel; que imelis usted demasado la poesía!

"Premie el talento que acendra la moral..."

(¿Conque acendra, eh?)

"Feral remordimiento..."

(¿Usted sí que es feral!)

Rompecabezas (hablando de la luna):

"De su casto fuego la vacía alternación súbito prueba dentro de mí... (¿Lo entenderemos luego!)"

Lo que tiene de bueno este D. Manuel es que es muy cristiano, y muy campechano, y muy amante del pueblo.

¡Vaya!

No hay más que leer:

"...si traena contra el derecho y la razón sencilla la popular escoria..."

¿Escoria?... ¿Escoria?...

¡Vaya usted con Dios, duque de la Patata!

VENANCIO GONZÁLEZ.

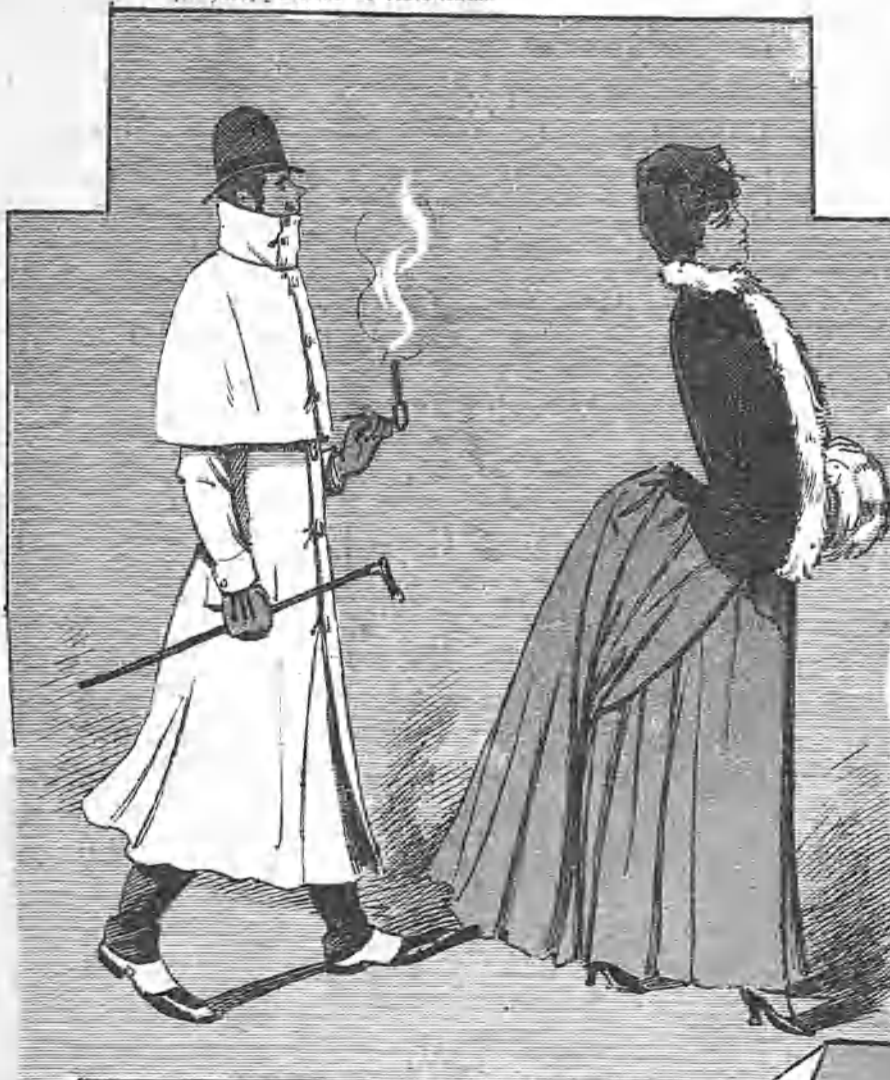




—¿Ha visto usted la Nevada?
 —¿Ha nevado, don Pascual?...
 —Sí digo la del Real!...
 —¡Ah, no; pues no he visto nada!



—¡Qué buena persona, amigo!
 —Y, sobre todo, de abrigo!



—Me gusta usted, sí señor,
 por lo hermosa y agradable,
 y ese tipo seductor!...
 —¡Hágame usted el favor,
 de ponerse impermeable!



¡Y dicen que el paño va caro!



—¡Mira que yo tengo malas pulgas!
 —¡Pues aprovecha el sol!

P. N. G.

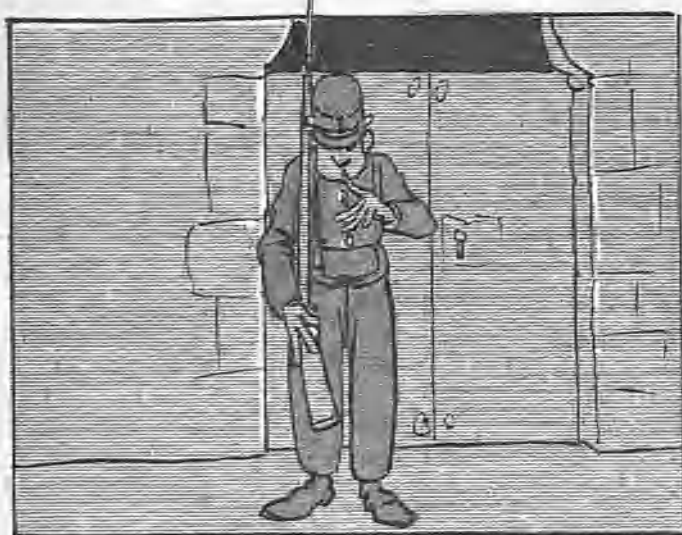
CONFLICTO RESUELTO



—Te he dicho que no quiero cerrada esa puerta.



—¿Pero cómo se dice que esa puerta ha de estar cerrada?



—¿Qué hace en este caso un soldado celoso en el cumplimiento de su deber?



¡Vaisy!



—Dice que yo la dejé.
—Y ahora el tunante se escapa.
—Y me tira de la capa!
¡Ni que fuera yo José!

LA NOCHE DE LA NEVADA

Nuevo modo de ventilación.

I

Noche, lóbrega y cerrada,
La recuerdo trastornado
y afligido,
con el alma desalmada,
porque á nadie le ha pasado
lo que á mí me ha sucedido
la noche de la nevada.

II

III

Ante todo,
voy á ver si acaso puedo
explicaros de algún modo
la terrífica jornada.
He pasado mucho miedo
y he pisado mucho lodo;
pero todo importa un bledo,
recordando la citada
noche, horrible, desdichada:
¡la noche de la nevada!

IV

Caminando triste y mudo
por la calle entarugada,
quise ver, como sesudo,
si la nieve estaba helada:
¡verlo pude!



JOSÉ ANSELMO CLAVÉ

Monumento erigido en Barcelona en honor del distinguido músico-poeta, el 25 de Noviembre último.

No era nieve ni era nada:
¡y era noche de nevada!
(Permitidme que estornude.)

V

Era noche, y no de moda:
(el recuerdo siempre queda!)
y paséla casi toda
(lo hice adrede)
entre gente electrizada,
que gozaba, sin medida,
con la tiple distinguida,
titulada La Nevada.
¡Qué Nevada!

VI

VII Y ÚLTIMO

Pero ya el público pide
que le diga como pueda
una cosa que le agrade,
aunque á mí no me acomode;
y mi labio se decide,
porque temo que si queda
descontento, se me enfade,
y hasta bárbaro me apode.
Mas le dejo con la duda;
porque no me pasó nada
¡la noche de la nevada!
(Ahora el público estornuda.)
¡Qué tostada!

ADOLFO LLANOS.

LA ELOCUENCIA



NTES era un don divino, que poseían solamente algunos seres superiores y fiacos.

El orador se revelaba como tal por medio de síntomas que no dejaban lugar á duda. Vestase-le abstraído, serio é inapetente, y cuando la familia le preguntaba:

—¿Qué tienes, Bildigerno? so-
lía contestar:

—No sé; arde en mi mente una llama voraz que combustiona todo mi ser. ¡Ah, señores! ¡Si yo supiera expresar mi pensamiento!

Y á este tenor continuaba pronunciando palabras sonoras, bas-

ta que un día exclamaba el padre del chico, con el acento entrecortado por la emoción:

—Ya sé lo que tiene Bildigerno.

—¿Qué preguntaba la mamá.

—Oratoria retenida.

—¿Cómo?

—Ha nacido para pronunciar discursos, y como no puede aglotarlos, por eso come poco y no quiere mudarse la élitica, ni cortarse las uñas, ni afeitarse.

—¡Cielos! ¿Qué escucho?

El tiempo venía á confirmar esta sospecha halagadora, y Bildigerno acababa por el Ateneo y más tarde en las Cortes, donde le abrazaban sus amigos, diciendo entusiasmados:

—¡Esto es hablar! ¡Esto es canela! El orador nace, que no se hace, etc., etc.

Hoy todo ha cambiado esencialmente, y la mayor parte de las personas que andan por ahí haciendo el amor á las chicas, ó pi diendo cigarras á los amigos, ó contemplando los escaparates, ó leyéndonos dramas á la fuerza, son oradores fluidos.

Á lo mejor está uno tratando á un sujeto meses y meses, y un día nos dice:

—Esta noche tengo discurso.

—¿Discurso?

—Sí; voy á dar una conferencia sobre el «desarrollo del algodón en rama desde el punto de vista higiénico.»

—¿Dónde?

—En el círculo de los Jóvenes escrofulosos.

Y, efectivamente, aquella noche el caballero se coloca delante de una mesa con tapete y vaso de agua con azucarillo, y rompe á hablar arrullado por los vitores de la concurrencia.

—Pero ¿desde cuándo es usted orador? se le pregunta á la terminación del discurso.

—Desde el jueves, á eso de las ocho, responda.

—Cree que había usted nacido así.

—¡Quiá! Eso era antes; ahora, para ser orador, no se necesita más que perder el miedo y soltarse. Verá usted: yo tengo una criada muy bruta, y la otra noche la pedí agua para lavar unos puños portizos. La muy animal me la trajo cojiendo, y yo la increpé duramente; entonces pude notar que estaba pronunciando un discurso sin saberlo, y comprendí que la oratoria está al alcance de todas las inteligencias.

Lo peor es que en cuanto el hombre se aficiona á pronunciar discursos, no hay quien le pare ni quien consiga atraerle al buen camino. Muchas personas que eran muy apreciables y discretas, se han dedicado á la oratoria en sus ratos de ocio, y hoy no se las puede aguantar. Llegan al café, piden una copa de coñac y dirigiéndose á sus compañeros de tertulia, exclaman:

—¡Ah, señores! No voy á ocupar por mucho tiempo vuestra atención, pero es fuerza que os diga cuál es el estado de mi salud en estos momentos. Ayer, bajando la escalera de mi casa, huhe de ser víctima de un accidente desgraciado. ¡Ah, señores! El hombre camina desgraciado por la senda del deber...

—Basta, Bandullete, basta; le declinamos.

Pero él, entregado á sus disquisiciones filosóficas, sigue vertiendo frases; con gran admiración del mozo, que le tiene por uno de los oradores más grandes de la Cerveteria Suiza.

La oratoria se ha ido extendiendo hasta un punto verdaderamente temible, y hoy la cultivan lo mismo el sabio incipiente de la Sociedad Geográfica, que el honrado sándico del gremio de frutos coloniales.

—No hay sesión, ni fiesta de familia, ni junta, ni banquete, que no contenga en su seno un par de oradores; y muchos hacen de la oratoria un *modus vivendi*, pues asisten á las comidas sin pagar el escote, y, aparte de esto, conquistan la nota de elocuentes

para calzarse mañana una diputación á Cortes, ó una concejalía cuando menos.

De algunos personajes vigentes se podría decir que han hecho su fortuna con la lengua. Por eso nos decía un padre amoroso, refiriéndose al hijo de su corazón:

—Mi esposa se empeña en que le dediquemos á la medicina, porque el chico tiene mucha disposición para las operaciones quirúrgicas; y aun el otro día le cortó el rabo á un gato forastero que se nos introdujo por el ventanillo de la despensa; pero yo tengo otro proyecto. Estoy educándole para orador.

—¿Sagrado?

—No, señor; orador bullicioso, de esos que no dicen nada y suenan mucho. Es la mejor carrera, porque yo veo que sin estudiar y sin hacer desembolsos, han llegado á ministros en este país muchos majaderos. Así es que al chico le coloco todos los días sobre una mesa y empiezo á picarle el amor propio, llamándole feo y pelón. El se enfurece y me insulta, y poco á poco se le va soltando la lengua, hasta que llega á pronunciar discursos él solito. Después le hago socio del Ateneo, y ya no necesita más en el mundo.

LEIS TABOADA.

Ayer y Hoy.

Coqueta, casquivana,
tu juventud pasaste en alegrías,
y, esperando en tu amor, siempre tenías
fuerte guardia de honor á tu ventana.
Ayer, en tu apogeo,
á los hombres mirabas y reías;
tenía éste amor propio, aquél mantas,
y el que más y el que menos... era feo.

Hoy el tiempo ha corrido.
Sola, triste y soltera te has quedado.
Los años, en tu rostro han marchitado
los encantos que en él han existido.
Ya ninguno te mira:
eres un ser vulgar, una de tantas.
Qual tú en el mundo, por coquetas, ¡cuántas
tocaron de su imperio la mentira!

LUIS A. MARTÍNEZ.

De Paco á la Celidonia.

Querida Celidonia
del arma mía,
amor de este soldado
de artillería:
saberás que he llegado
sin dretimento,
después de hecho el cambeo
del regimiento.

Dende que no te veo
me he adormecio,
y me han caido nieblas
sobre el sentio;
porque ya naide me habla
de mis penillas,
ni tengo quien me merque
las cajetillas.

Me han puesto para el pienso
del comendante,
no hago nada á derechas,
y esto es cargante.
Aller, cuando tocaron
pa distribuirlo,
me comí la cebada
sin alvertirlo.

Lo vido el cabo Brega,
y he de contarte,
que me dió una patada
salva la parte;
y por si no bastaba,
¡ay, Celidonia!
me arrestó el comendante
sin cerimonia.



ELENA THEODORINI

Cuanto pudiéramos decir de la eminente *diosa*, lo dijo ya Peña y Goñi en nuestro pasado número; pero, ¿no les parece á ustedes que conviene repetir que es guapa?

Yo no como, ni duermo,
bebo, ni fumo,
y no sabes lo pronto
que me consumo.
Es preciso que pienses
tú, vida mía,
en el probe soldado
de artillería.

Recuerda, Celidonia,
de mi arrumaco,
y piensa que no tengo
ni pa tabaco:
pon en el Giro ese
lo de la sisa,
y di, cuando lo pongas,
que corre prisa.

Añide luego al sobre
dos ó tres sellos,
pues se ruman los cuartos
si dan con ellos,
y di en el sobre: *España,
Andalucía,
Sevilla, en el tercero
de Artillería.*

No faltes, Celidonia,
que yo no falto.
¡Te lo juro, arma mía,
por lo más alto!
Dale mis aspersiones
á la Ruperta,
y sabes que te quiere
Paco Retuerta.

CALIXAN.

PACOTILLA

¡Anda, morena!
¿Pues no se le ocurre ahora al Ayuntamiento de Madrid desalojar, por desahucio, á los inquilinos de los cementerios del Norte y Sur?

Tan tranquilos y tan seguros que se creían en sus sepulturas, y mire usted por dónde les vienen á notificar que busquen casa. De modo que ya no le vale á uno ni ser cadáver para estar libre de las tiranías de los caseros y de la ley de inquilinatos.

Hemos de ver, cuando los echen fuera
y anden por esas calles de paseo,
cómo no falta alguna calavera
que exclame con razón:—¿Quién lo dijera!
¡Pa ni en la paz de los sepuleros creoi!

La Junta de teatros ha tomado con tanto calor eso de la luz eléctrica, que no permite ni los bailes que se proponían celebrar los empresarios de los teatros de Felipe y Novedades.

¡Hombre, por Dios! Para los bailes creo yo que bien se puede pasar sin acumuladores.

No son de necesidad
discretamente pensando.
¡Bastante electricidad
se desarrolla bailando!

Ya se empieza á poner en movimiento la opinión con motivo de las pruebas del submarino *Peral*, que se van á verificar en breve.

Valencia va á pedir al Gobierno que no pase por sus aguas sin salir á flote para aclamar al inventor.

Y lo mismo van á hacer Cartagena, Alicante, Barcelona y todos los puertos del Mediterráneo.

—¡Caramba! ¿Y no le podríamos ver en Madrid? decía hace pocas noches, en el Suizo, un diputado de la mayoría.

—¿Dónde? le contestó un compañero.

—¡Pues en el Manzanares!

—No puede ser.

—¿Por qué?

—¡Porque para eso, además de ser *submarino*, tenía que ser *subterráneo*!

En un gabinete fotográfico:

—Vengo á retratarme.

—¿De busto?

—No señor, así como estoy... ¡de americana!

JOSÉ ESTRASÍ.





¡A diez reales paraguas,
nuevos de seda!

¡Vendo un perro chiquitín,
que ni es galgo ni mastín!

Le vendo un reloj,
de plata...
¡no crea usted que soy un rata!

PUBLICACIÓN DE GRAN LUJO

2 pesetas el tomo.

ILUSTRACIONES

al agua fuerte, oleotipia, acuarela,
carbón, pluma, lápiz, Gillot,
ETCÉTERA.

LÁMINAS APARTE

y grabados intercalados en el texto.

IMPRESIÓN EN TRES

ó MÁS TINTAS



Facsímil reducido de la cubierta.

2 pesetas el tomo.

CABECERAS

y finales de capítulos; foliaturas
y divisiones fantasía.

ENTREPÁGINAS

alegorias marginales, y caprichosos
tourne-pages.

CUBIERTA AL CROMO

EN 14 COLORES

VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. *La Uga*.—*El globo encarnado*.—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Mesplés.
- II. *Sachá y Loudmilla*.—*Los últimos bandidos*.—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Hanriot.
- III. *El Príncipe*.—*Marfa*.—Ilustraciones de Cuchy. Oleotipia del mismo.
- IV. *El caso de Susouta*.—*El fruto prohibido*.—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Hanriot.
- V. *El clavo*.—*La brasa*.—*La pracha*.—Ilustraciones de Cuchy. Heliogravado del mismo.

Los pedidos, acompañados de sellos ó libranzas, á la Administración de este periódico.